



DISCODURO

ALEJANDRO JIMÉNEZ

La 4T y Fukuyama

Leo a diario artículos y declaraciones de militantes y simpatizantes de la 4T que, con entusiasmo, destacan las bondades de los gobiernos guindas: todo funciona bien, todo se hace de manera impecable, la pobreza ha disminuido, el país vive en calma, cada decisión o reforma legal es la mejor posible y nadie es corrupto. Las críticas, aseguran, sólo son “campanas orquestadas”, pagadas por neoliberales resentidos.

Se retomó el protocolo presidencialista —herencia del viejo PRI— de que todo se hace “por instrucción de la Presidenta” o “de acuerdo con lo que nos ha indicado la Presidenta”.

En esa narrativa, si el mundo es convulso, si hay guerras o pobreza generalizada, el ejemplo contrastante sería México, donde el “Humanismo mexicano” habría logrado instaurar un régimen político y económico ejemplar: generador de prosperidad, libre de corrupción y promotor de la paz social. Una suerte de revolución no violenta.

Ante ese mundo perfecto, encabezado por un ser infalible, casi mítico, uno no

puede evitar evocar a Francis Fukuyama, quien alguna vez sostuvo que el capitalismo financiero y la democracia liberal representaban la última etapa de la evolución humana; que se había alcanzado la perfección política y al mundo sólo le quedaba mejorar ese modelo.

Esa visión acrítica y triunfalista del académico estadounidense ha chocado con realidades contundentes. El neoliberalismo trajo progreso, sí, pero a costa de la desigualdad y la pobreza de millones de personas, que terminaron entregándose a líderes iluminados —populistas de derecha e izquierda— que ofrecen paraísos baratos a cambio de aceptar cierto grado de totalitarismo.

Pensar que la humanidad ya alcanzó el régimen perfecto, en cualquiera de sus versiones, es una falacia. Ni Fukuyama ni la 4T pueden convencernos de que la historia llegó a su punto culminante.

Es comprensible que todo grupo en el poder busque conservarlo y convencer a su pueblo de que es la mejor opción hoy y siempre. Pero la historia demuestra que eso nunca ocurre. Ningún gobernante re-

conoce fácilmente sus limitaciones; por el contrario, procura destacar sus aciertos y minimizar sus errores, o bien responsabilizar a otros de ellos.

Lo sensato es evaluar cada régimen con sus luces y sombras. Si los gobiernos son acríticos, deben ser los contrapesos sociales —poderes legislativos y judiciales autónomos, prensa libre, centros de pensamiento rigurosos y sociedad civil organizada— quienes mantengan el equilibrio.

Aspirar al pensamiento único, a la asfixia de la oposición y de las disidencias, siempre será un riesgo latente, impulsado por quienes creen que el fin de la historia llegó con ellos y que no hay más ruta que la suya.

Por supuesto que habrá algo después de los gobiernos de Morena. Ojalá no sea un retroceso, sino una etapa que nos haga mejores como sociedad y como seres humanos, en una línea política de tiempo tan extensa como la humanidad misma.

ajimenez@oem.com.mx

ROBERTO HERNÁNDEZ/EL SOL DE MÉXICO

